Brillo de una estrella muerta

PARTE 2

Gigante Roja

crecimiento de la idea del amor

SUPERNOBA

Mr. Motivación & Mrs. Creatividad

Señor Motivación y Señora Creatividad . Suena extraño verlos así, como si fueran personas, pero hace tiempo un viejo amigo, me dijo que era acertado pensarlo de esa forma. Y sí, lo es. La motivación y la creatividad se necesitan mutuamente. Una no sobrevive sin la otra.

Puedes poseer una creatividad desbordante, con ideas que irrumpen como relámpagos, versos que se configuran enteros en tu mente como si el universo conspirara en su favor. Pero sin motivación, jamás te sientas a escribir. La página continúa virgen, el cursor titilando como una espera infinita. Y, al contrario, puedes estar lleno de energía, con un fuego interno dispuesto a crear, pero si la creatividad se esconde, solo percibes ruido. No fluye. Nada nace.

Es una relación de pareja, de esas que envejecen juntas, que se desgastan sin perderse. Que aunque hayan pasado por discusiones, silencios prolongados y épocas en que apenas se rozan, siguen firmes. No por inercia ni rutina, sino por un lazo más profundo que la presencia física. Un vínculo real que sobrevive a los altibajos.

Yo he librado incontables batallas con esa pareja. Me cuesta hacer que coincidan. Que se hablen. Que se escuchen. Que uno aparezca cuando el otro también está presente. Cuando tengo creatividad, la motivación duerme. Cuando estoy motivado, la creatividad se escabulle como humo entre los dedos.

¿Cómo se fortalece un lazo así? ¿Cómo se restablece la armonía?

¿O será que no deben llevarse bien siempre? ¿Será que su conflicto también es materia prima del arte?

Quizás algunos de los versos más memorables nacen justo en ese punto de tensión, cuando uno de los dos se resiste. Como en los matrimonios longevos, donde no todo es armonía, pero incluso en los días grises, hay algo que contar. Algo que vale la pena ser escrito.

No sé con certeza en qué lugar me encuentro dentro de esta relación, si al centro, al frente o detrás de ellos. Y cada posición implica un papel distinto. Si estoy en medio, soy un hijo que observa a sus padres pasar días sin hablarse y, de pronto, volver a reír juntos como si nada hubiese pasado. Si me sitúo al frente, entonces me convierto en un terapeuta, un mediador que intenta restaurar el diálogo, ayudarles a entenderse, mientras aprendo a conocer sus lenguajes y tomo nota de sus roces. Pero si estoy detrás, entonces es como si los contemplara en silencio, como a una pareja de ancianos que camina de la mano por la plaza, que comparte un croissant sin cruzar una palabra. Yo tampoco hablaría. Imagínate escuchar a la misma persona durante cincuenta años. ¿Qué más puedes decir?

Y, sin embargo, quisiera estar al frente. Tener una voz, una función activa en esta historia. Pero me detiene la duda: ¿quién soy yo para opinar? ¿Qué derecho tengo de intervenir? Tal vez ninguno. Pero me intriga. Me conmueve la forma en que se sostienen mutuamente. Como, cuándo se alinean, son capaces de crear belleza, de alumbrar obras que superan toda expectativa. Cuando hay sinergia, el resultado es más grande que la suma de las partes. Y yo quiero aprender a crear.

He pensado que tal vez no sea una cuestión de que se reconcilien siempre, sino de aprender a vivir con la intermitencia de su vínculo. Que lo sublime no nace solo del equilibrio, sino también del

desencuentro. Tal vez la inspiración no sea un estado, sino una danza imperfecta, una coreografía entre dos seres que rara vez pisan al mismo tiempo, pero cuya música sigue sonando, tercamente, como si la imperfección fuera también belleza.

El señor Motivación fue quien me buscó inicialmente. Me dijo que necesitaban terapia de pareja. Me planteó los problemas típicos de un matrimonio que nació en otra época, una en la que expresar molestias o negociar acuerdos era visto como debilidad o falta de amor. Si soy sincero, creo que la época no influye tanto. Siempre he tenido pacientes con dinámicas similares, y no siempre son viejos.

El señor me contó cuánto extrañaba que su esposa lo despertara con un beso, seguido de un empujón. Encender la televisión al amanecer, ver las noticias mientras aún estaban en cama era uno de sus rituales favoritos. Y cito: "eso me llenaba de motivación". Llenar de motivación al Sr. Motivación. Primera anotación.

Le asigné una cita para la semana siguiente. Les pedí que llegaran diez minutos antes. Necesitaba preparar unos papeles. Durante esa semana, una palabra quedó dándome vueltas, "antes". ¿Antes qué? ¿Antes eran felices? ¿Antes había más diálogo? ¿O antes simplemente no se atrevían a mirar de frente sus fracturas?

Ese pensamiento, "estamos bien", es una ilusión peligrosa. Porque se puede estar mal sin estar peleados. Puedes besar a tu pareja cada mañana, desearle buenas noches al dormir, y aun así no saber qué le duele. Ignorar si su rutina le dejó el alma entumecida, si algo le hizo sentir viva, o si por un instante pensó en ti con ternura o con rabia.

¿A dónde quiero llegar con esto? A que estar bien no significa ausencia de problemas, puede que sea ignorancia de ellos. No se trata de evitar conflictos, sino de enfrentarlos. Verlos. Nombrarlos. Y

aunque tardes una eternidad en resolverlos, al menos intentarlo. Trabajar en el bienestar común es un arte, y en el proceso uno aprende lo que significa realmente estar bien.

Mrs. Creatividad fue una joven vibrante. Amaba desaparecer durante días en una vieja van con sus amigos, dejar los estudios atrás y volver solo para planear la próxima escapada. Me contó que al acercarse a una cascada, justo antes de saltar al vacío, gritaban una frase que inventó un amigo suyo que murió joven: "Cuando muera, los buscaré no con su nuevo rostro ".

Le pregunté qué significaba. Me explicó que, al morir, uno puede elegir entre reencarnar o volverse aire. Si te conviertes en aire, vivirás eternamente oxigenando a quienes amaste. Pero si decides renacer, tienes prohibido buscar a los tuyos con los ojos. Debes usar el amor, el vínculo, lo que no se ve. Me pareció hermoso. Poético. Y profundamente triste.

El Sr. Motivación era su opuesto. Criado en el mismo barrio, sí, pero con un enfoque más práctico. Le gustaban las experiencias breves, las intensidades discontinuas. Un día tomaba un curso en otro país, al siguiente, no salía de casa por semanas. Cuando le pregunté si eso había sido un problema durante el noviazgo, él dijo que no. Ella, en cambio, asintió al instante. Segunda anotación.

Una vez, Mrs. Creatividad acudió sola a consulta. Llegó tarde. Los ojos rojos. La voz hecha un nudo.

—A veces me siento como un instrumento que solo cobra sentido cuando él lo toca —me dijo sin preámbulo—. Pero ya no quiere tocar. Solo espera que la melodía aparezca sola. ¿Y si ya no quiero componer para alguien que no escucha?

Guardó silencio.

—No es que no lo ame —continuó—, es que me cuesta reconocer al hombre que una vez me hizo sentir que mis ideas valían. Ahora soy un ruido de fondo en su agenda. Sujeta a horarios, metas y métricas. ¿Dónde quedó la espontaneidad? ¿Dónde el salto al vacío?

Fue la primera vez que la vi llorar de duelo. No por la muerte de alguien, sino por la desaparición lenta de una versión de alguien que aún respira.

La responsabilidad nos ciega. Cuando alguien depende de ti, se vuelve difícil imaginar planes donde no esté incluido. Una pareja es una responsabilidad constante. Y en algún punto, esa carga debe integrarse en los proyectos personales. La autonomía es vital, pero también lo es la convivencia. Incluso cuando incomoda. Incluso cuando no tienes ganas. Porque no solo importas tú. También importa la salud del otro. Y a veces esa salud depende de que te arriesgues, de que salgas de ti mismo .

Me costó mucho hacerlos hablar de sus miedos. Especialmente a ella. Parecía resignada a nunca poder expresarse del todo mientras él siguiera haciendo solo lo mínimo. La creatividad no puede florecer sin el aliento cálido de la motivación. Y é.... él hablaba, sí. Me habló de su padre. De su ausencia meticulosa. Cada evento importante, cada fecha clave. Lo narraba como si tuviera una bitácora. Nadie recuerda tanto abandono sin haberlo escrito antes.

El Sr. Motivación tiene miedo. A todo. A soñar. A confundir realidad con deseo. A morir sin haberse dado cuenta. A perder a su esposa en su silencio. Cuando terminamos las primeras sesiones, creo que entendí un poco más. Él soñaba con ayudar a las personas a ser algo más de lo que son ahora. Pero hay un punto donde esas personas se traicionaron a sí mismas. Y eso, en el proceso, hacía que lo

traicionaran a él. A todo el esfuerzo que había impartido en cada una de esas tardes donde lo daba todo. Y a cambio veía cómo esas personas lograban más de lo que el tiempo les permitía. Veía esclarecer sus pensamientos con una inyección de él. Proyectó a los más grandes artistas a tener sus momentos de mayor prosperidad. Y todo para que después fuera ignorado y desplazado por su esposa.

Su esposa, al final del día, siempre fue a quien más amaba y a quien más le tenía miedo. Porque ella es su motor y su abismo. Su luz y su misterio. Y lo que no entiende —o no acepta— es que motivación y creatividad no son entidades separadas. Son un mismo ser con dos caras. Una crea. La otra impulsa. Una imagina. La otra ejecuta. Y en su unión nace lo extraordinario.

Pero casi nunca coinciden en plenitud.

Mr. Motivación llega puntual, con su maletín y los zapatos recién lustrados. Se sienta frente a Mrs. Creatividad, que acaba de despertar, despeinada, con una idea inacabada entre los dedos. No se miran. No se hablan. Él espera que ella actúe. Ella espera que él calle. Él necesita que ella produzca. Ella necesita sentir. ¿Qué sentido tiene escribir sin esencia, llenar páginas que serán leídas por millones si todo está vacío por dentro?

A veces la distancia no es abandono, sino un intento torpe de no herirse más. A veces el silencio es una tregua.

Y sin embargo, cuando coinciden —aunque sea por un instante—, el mundo entero se abre como una flor en llamas.

Porque la motivación sin creatividad es una carrera sin paisaje, y la creatividad sin motivación es un paisaje sin pasos. Hoy no quiero que me hablen. Solo quiero verlos ahí. Juntos. Aunque no digan nada. Aunque no se toquen. Aunque no me inspiren. Solo quiero que no se

vayan.

Porque al final de todo, esto no va de crear, ni de escribir, ni siquiera de sanar. Va del amor. De ese amor que no se dice, pero sostiene. De ese amor que no es júbilo ni fuego constante, sino presencia persistente. La mano que no suelta cuando todo arde, la voz que te nombra cuando te has olvidado. Porque cuando Motivación y Creatividad se eligen —con todo y sus ausencias, con sus horarios cruzados, sus heridas mal cicatrizadas—, no lo hacen por costumbre, ni por nostalgia, sino por amor. Un amor que no se ve en los días buenos, sino en los días torcidos, en los intentos fallidos, en el deseo de quedarse aun cuando ya no es fácil. Si ellos logran encontrarse, si pueden volver a mirarse sin miedo, sin exigencias, sin máscaras, entonces yo también creo que se puede. Que podemos. Que vale la pena. Porque hay algo profundamente humano —y profundamente aterrador— en esa decisión de volver a amar, aunque duela, aunque canse, aunque no prometa eternidad. Y si ellos lo logran, quizás yo también aprenda a quedarme conmigo, a volverme hogar. No por inspiración. No por impulso. Sino por amor. Solo por amor.

Querida tú:

Si alguna vez te sentiste sola en la habitación, fue porque no supe entrar sin abrir primero la ventana. Siempre quise que tus ideas respiraran antes de que mis expectativas las sofocaran

Perdón si alguna vez exigí que crearas cuando no querías. Perdón por pedirte que fueras fuego cuando tú solo querías llover. Nunca fue por mal, era solo miedo.

Sigo creyendo en ti. Solo… dame un poco de espacio en tu lienzo. Deja que mi impulso tome tu mano, aunque sea solo por un trazo. Juntos aún podemos inventar algo hermoso.

Con amor, siempre. Brillo.

Tren de Carbón

¿Alguna vez has usado un tren de esos antiguos? De esos que van dejando un camino de humo por donde pasan. Yo nací en una época donde, lamentablemente, este medio de transporte había dejado de ser lo habitual. Existían medios más eficientes, pero siempre me llamaron la atención. Su diseño tan industrial y orgánico al mismo tiempo es algo que nunca pude sacar de mi mente.

La primera vez que vi una locomotora, mi mamá me agarraba de la mano. Luego me soltó y me dejó frente a ella. Sentí que era enorme, gigantesca, que en cualquier momento arrancaría y me atropellaría. Pero era hermosa. Esas ruedas eran más altas que yo, mucho más altas. Las veía y no entendía de dónde habían sacado tanto acero para construirla. Mi mamá decía que de las minas. ¿Minas? ¿No era esa una forma de decirle a las niñas? ¿De dónde sacaban las niñas tanto acero?

Con el tiempo entendí. Y lo admito, es de esas cosas que no te das cuenta de lo equivocado que estabas hasta que eres muy grande. Sabía a qué minas se referían, obviamente conocía la palabra, pero creo que nunca me había detenido a pensarla con claridad, con uso de razón. Aun así, no podía entender cómo construían una locomotora.

Los dibujos de los libros sobre trenes dirigidos a mi edad eran muy "inhóspitos". (Tampoco sabía bien qué significaba esa palabra, pero la usaban mucho los mayores). ¿Por qué inhóspitos? Sentía que no me explicaban nada. Tenía preguntas y más preguntas, y lo que se suponía que debía contestarlas solo respondía lo que preguntaría Santiaguito.

Vaya bobo que era Santiaguito. Cosas muy sencillas, como: ¿Qué usa para avanzar? Obviamente usa carbón, Santiaguito, ¿no has visto cómo terminan todos negritos los que la conducen? ¿Por qué las ruedas son tan grandes? Para que avance más rápido, ¿o acaso querías que tuviera las de tu triciclo? ¿Por qué a veces las personas suben a una locomotora y no bajan cuando regresa? ...No te preocupes, Santiaguito. Yo tampoco sabía por qué pasaba eso.

Santiaguito era una figura recurrente en esos libros, una especie de niño idealizado, lleno de preguntas que a veces rozaban lo tonto. Pero con el tiempo entendí que Santiaguito no era otro que yo mismo. Era la voz de mi ignorancia infantil, buscando respuestas con una mezcla de ingenuidad y miedo

¿Te has recargado alguna vez frente a una puerta de estación de trenes? Pasan, salen y entran un sinfín de personas, a todas horas, todos los días. Extranjeros, paisanos, ricos (pobres había pocos), celebridades locales, vendedores, estudiantes, militares. Era un punto de reunión para todos. Era fácil decir: "te espero debajo del cartel de la vieja estación", o "nos vemos frente al vagón abandonado, pasando las vías". Siempre encontrabas a esa persona justo donde te dijo. No se movía, no se escapaba, no te engañaba. Creo que eso me gustaba mucho de esa estación. Era todo, menos inhóspita.

Y aunque mi cuerpo era pequeño, el espacio de la estación se me hacía enorme. Me gustaba observar desde los bordes del andén, imaginar a dónde iban las personas. A veces jugaba a inventarles historias, ese señor con sombrero viaja a ver a su hija, esa mujer de abrigo va a una ciudad donde siempre nieva, ese niño viaja solo porque se escapó en busca de aventuras. Era mi manera de ser parte del movimiento sin necesidad de subirme a ningún vagón.

Me esmeré en entender todo sobre las locomotoras. Al final entendí que había más estaciones más allá de la nuestra. Hacia atrás, hacia adelante. Las personas que bajaban eran porque se habían subido antes y habían elegido nuestra estación para descender. Me hacía sentir feliz que eligieran la nuestra. Pero me enojaba cuando veía personas en los ventanales dormidas, sin bajarse. Se habían saltado por completo la nuestra. Se habían saltado mi estación.

Mi estación. Cuando viajé por primera vez a la siguiente estación con mi padre, por un tiempo, siempre me refería a ella como "mi" estación. A mis amigos temporales les describía cómo era mi estación. Y a mi padre siempre le preguntaba cuándo retrocederíamos a "mi" estación. Me decía que pronto. Que pronto volveríamos a reunirnos con mi madre, pero que ahora ella necesitaba tiempo. Creo que necesitó mucho tiempo, porque tardamos en retroceder.

Crecí. Maduré. Entendí a qué se refería con tiempo. Entendí por qué nos habíamos ido. Entendí por qué mi padre no quería retroceder. Entendí por qué las personas ya no regresaban.

Cuando empiezas a entender las cosas, se pierde mucha magia, mucho misticismo. Pierdes el interés por algunas cosas porque descubres que no eran tan especiales como pensabas. Pero lo que más me afectó al crecer no fue ver las cosas como eran, sino no poder ver las cosas que me hubiera gustado ver.

Y entre más creces, más entiendes que no todo está a tu alcance. No todo se puede recuperar. Que no todos los trenes regresan por la misma vía. Que hay partidas que no tienen retorno. Entonces te preguntas: ¿y si me hubiera atrevido?, ¿y si hubiese llegado antes?, ¿y si lo hubiera intentado?

Uno de los sentimientos más presentes al crecer es el

remordimiento. Remordimiento por lo que pasó, por lo que hiciste mal, por lo que no hiciste. Cosas que, hoy en día, podrían haber cambiado tu vida. Que podrían haber creado una nueva estación en tus vías. Te hacen sentir que debiste haber tomado ese tren que por miedo dejaste pasar. El tren que solo viste de lejos, mientras dejaba una estela de humo. El tren del que sentías que no eras digno. El tren que hubieras aprovechado, si tan solo te hubieras atrevido. El tren de los hubieras, de tus hubiera. Siempre tiene que ser hubiera. Nunca un "gracias".

Esclavos de una conjugación. Esclavos de una palabra que escuchamos en boca de otros. Y cuando vivimos lo mismo, repetimos y entendemos. O fingimos entender. Fingimos que nos afecta igual. Pero en el fondo sabemos que nunca sabrán lo que esa oportunidad perdida significó para ti. Nunca sabrán cuántas veces ese sentimiento de lágrimas atrapadas te llega. No por tristeza, sino por impotencia. Por la impotencia de no haber hecho más. Por no tener control sobre el tiempo.

Sentías que no lo merecías. Merecer, atender, recibir. Para mí, son sinónimos. Son palabras que representan lo mismo. Pero ¿por qué "merecer" tiene más peso? Cuando alguien te dice, "te mereces un beso", suena como una recompensa. Algo condicionado al éxito. Algo que no todos pueden recibir. Pero si te dicen "no te lo mereces", duele más. Duele directo. Te dicen que no has hecho lo suficiente. Que no lo vales. Que alguien más sí.

Y todo está relacionado con el hubiera. Si hubieras hecho algo distinto. Si hubieras tomado una decisión diferente. Entonces, tal vez, sentirías que sí lo merecías. Pero tu yo actual, tu yo vivo y existente de este momento, no lo merece. Eso te lleva a odiarte. Y como siempre he

pensado el odio es rencor. Te tienes rencor. Desprecio. Angustia.

La estación inicial siempre está ahí. Sabes dónde está. Nunca se va a mover. Pero lo que hay en ella, quienes están en ella, pueden irse en cualquier momento. No todos tienen el mismo sentimiento de arraigo que tú. No todos piensan como tú. No todos sienten que no es inhóspita.

¿Te enoja que te hayan dejado? ¿O te enoja no haberte ido tú primero? ¿Te enoja no ser ellos? ¿O te enoja no haber ido con ellos? Tus sueños aplastados por una locomotora que no te dejó subir. Una locomotora que no te esperó. Que salió minutos antes de que llegaras. Un tren con cincuenta pasajeros que tenían el mismo objetivo que tú. No tienes miedo. Ni odio. Tienes arrepentimiento.

No te odias. Te culpas. Y son dos cosas muy distintas . Una te lleva al exilio, al desconocimiento. La otra te lleva a la desconfianza. Y esa desconfianza no es hacia el mundo, sino hacia ti mismo. Hacia tu capacidad de subir al tren cuando por fin se detenga frente a ti.

O de crear tu propia estación, para que algún día, alguien más elija bajarse ahí.

Y si algún día llega ese tren, si se detiene justo frente a ti, si abre las puertas y te mira como si te hubiese estado esperando... ¿lo tomaría? ¿O dejarías que el humo nuble otra vez tu decisión?

Porque a veces el verdadero viaje no comienza cuando te vas. Sino cuando por fin decides quedarte.

No lo hice porque pensé que habría tiempo. Porque creí que los trenes daban vuelta. Que lo que se va siempre regresa si le importas lo suficiente. Pero no. Hay trenes que nunca regresan. Que se alejan como si nunca hubieran pasado por tu estación, y te dejan ahí, con las maletas llenas de cosas que nunca pudiste dar. Con regalos que eran

para una ocasión especial que nunca llegó. Con palabras que siguen vivas, como parásitos, en el estómago. Con besos que no diste.

Y a veces uno se va también. Te subes a otro tren, aunque no estés seguro de quererlo. Y miras por la ventana lo que dejas atrás, como si no doliera. Como si pudiera esperarte. Pero la vida no se congela. La estación que dejas atrás sigue su curso, y quienes se quedan también se van, aunque no usen trenes para hacerlo. Se van en los ojos, en las decisiones, en el silencio que se vuelve costumbre. Se van cuando tú ya no estás para sostener la mirada.

Y si me preguntas hoy qué cambiaría, la lista es más larga de lo que me gustaría admitir. Cambiaría los silencios que dejé pasar, las miradas que evité por miedo a que me descubrieras. Cambiaría la manera en que no supe decir que necesitaba que te quedaras. Me gustaría haberme atrevido a quedarme yo también. Quedarme contigo. Con todo lo que eso implicaba. Con tus tardes largas, con tus enojos lentos, con tus preguntas que nunca me atreví a responder porque sabía que escondían la verdad que yo no quería enfrentar. Me hubiera gustado quedarme el día que más me costaba estar. Porque creo que eso era el amor, o algo parecido.

Y me pregunto si te pasó lo mismo. Si alguna vez volviste a mi estación. Si te acercaste al borde del andén y viste que ya no había nadie esperándote. Si pensaste en regresar... y llegaste tarde.

Me obsesiona esa imagen. Dos personas que quieren volver, pero lo hacen en tiempos distintos. Como si la vida se encargara de demostrar que el amor no es solo querer, sino también coincidir. Y a veces la vida no te da la oportunidad de coincidir de nuevo. Porque ya no somos los mismos. Porque lo que compartimos se convirtió en escombros de un edificio que nunca supimos terminar. Porque tu estación ya no es la

mía.

Y aun así, sigo volviendo. No con los pies, sino con la mente. Con los sueños. Con las madrugadas en que me despierto buscando tu voz entre las sombras. Me reprocho no haber sabido lo que tenía cuando lo tenía. No haber entendido que la despedida no siempre es un portazo; a veces es un susurro, una mirada que no se devuelve, una promesa no cumplida.

Porque a veces, lo más triste no es ver partir el tren. Es darte cuenta de que cuando por fin decides correr tras él, ya no hay nadie mirando por la ventana. No te extraño, extraño que la estación no fuera inhóspita, sentirme seguro y conocer hacia donde me llevaban las puertas, porque si, aun fueran puertas peligrosas el saber que había detrás de ellas no me daba tanto miedo.

Hola, mi amor:

Sé que tuvimos nuestros errores, nuestras diferencias. Siempre quise que fueras feliz, aunque muchas veces no lo logre. Me equivoqué, y lo sabes. Siempre quise verte completa, aunque no fuera conmigo. Sigues siendo importante para mí. No cierres la estación, aún hay trenes a la espera.

— Con respeto y amor oxidado, Brillo.

Los Televisores Adorno

El televisor parpadea como si respirara. Una luz pálida, casi acuosa, se derrama por la sala. La discusión quedó suspendida en algún punto entre el pasado inmediato y lo que todavía no saben decirse. No quedan palabras útiles; solo dos respiraciones que buscan ritmo.

Alice está sentada en el borde del sofá, con los hombros tensos, mirando la pantalla sin verla. Brillo, a unos pasos, parece estar decidiendo si quedarse o levantarse. Sus manos se abren y se cierran como si intentaran atrapar algo que no existe.

La imagen del televisor se distorsiona. Una línea brillante atraviesa el vidrio, luego se curva, se quiebra, desaparece. Es un aparato viejo, casi inútil, pero en ese momento parece tener una intención, mostrar algo, insistir.

Alice ladea la cabeza, siguiendo el movimiento errático de la luz. Brillo también se detiene. No necesitan hablar para admitir que ambos están observando lo mismo.

Las manchas de estática comienzan a reagruparse, como si obedecieran a un orden secreto. Pequeños fragmentos blancos se mueven hacia un centro invisible. Algo empieza a formarse.

Una silueta diminuta, temblorosa.

Un cuerpo compuesto de ruido.

Un colibrí hecho de sombras y luz.

Alice respira más hondo, casi sorprendida.

Brillo da un paso, y el parpadeo del televisor le ilumina el rostro.

No se miran todavía, pero se reconocen en la misma visión.

El colibrí vibra, intentando levantar vuelo. Aletea, pero sus alas se desfasan, como si el movimiento se repitiera en retraso. Parece a punto de romperse, de desaparecer en un chasquido de interferencia.

Alice extiende la mano hacia la pantalla, despacio.

—Está perdido —susurra, como si el colibrí pudiera oírla.

Brillo se acerca un poco.

—Se parece a nosotros.

No es un chiste. Ni una crítica. Es una confesión involuntaria.

El colibrí vuelve a intentar alzar el vuelo. Su cuerpo se deshace por un instante, reaparece. La estática lo envuelve como un remolino. Alice mira la figura sin pestañear, como si necesitara sostenerla con la mirada.

Brillo hace lo mismo, cada uno desde su esquina del sofá, conectados por la luz blanca que pulsa.

La imagen cambia. El colibrí deja una estela luminosa detrás de sí, como si una fuerza lo empujara. Una pequeña ráfaga, una chispa. Alice la nota primero.

—Parece… —comienza, sin saber cómo nombrarlo.

Brillo termina la idea sin dudar.

—Parece que alguien lo sostiene desde atrás.

La pantalla se aclara por un instante, revelando una forma más nítida. El colibrí, ahora más firme, más entero, abre las alas con un movimiento que por fin logra completarse. La estática lo envuelve, pero ya no se lo come; lo acompaña.

Alice baja la mano, pero deja los dedos suspendidos cerca de los de Brillo.

No lo toca aún.

Pero la distancia se encoge.

—¿Te das cuenta? —pregunta ella, con una mezcla de incredulidad y cansancio—. Lo estamos viendo igual. Exactamente igual.

Brillo no responde. Tiene los ojos fijos en la pantalla, como si el pájaro pudiera realmente escapar de ahí y posarse sobre sus manos.

El colibrí despega. Se eleva un par de centímetros dentro del rectángulo luminoso, gira sobre sí mismo y deja un trazo circular que parece una órbita. La luz parpadea, cae, sube, casi como un latido.

Alice sonríe por primera vez en horas. No por Brillo, no por la reconciliación que no han tenido. Sonríe por el milagro absurdo de que un televisor averiado les esté revelando el mismo sueño.

—¿Y si lo dibujamos? —murmura—. Ahora mismo. Antes de que se vaya.

Brillo tarda un segundo en reaccionar. En ese segundo, la discusión previa se vuelve un eco lejano. Puro ruido, menos importante que la imagen que tiembla frente a ellos.

—Sí —dice al fin—. Pero no solo eso. Podríamos inventar un lugar donde viva. Un bosque. Una casa abandonada. O un mundo entero.

Alice lo mira de reojo, suave, como quien vuelve a reconocer a alguien que quiere.

—Podemos escribirlo —dice ella.

—O pintarlo —añade él.

—O convertirlo en un mito.

—O en un recuerdo que nadie más entienda.

El colibrí, como si celebrara la idea, se desdobla un momento. La estática crea la ilusión de dos alas gigantes, extendidas hasta los bordes de la pantalla. Luego vuelve a su forma pequeña.

Alice se acerca un poco más. Su hombro toca apenas el de Brillo,

una coincidencia demasiado precisa para ser accidental. Él no se mueve para alejarse. La luz del televisor cae sobre ambos como una manta.

La sala, antes tensa, parece ahora un taller improvisado donde algo nace sin permiso.

No es que hayan solucionado la pelea o que tengan respuestas.

Es que comparten el mismo lenguaje invisible, esa forma de imaginar sin ponerse de acuerdo, de crear mundos desde los restos de un día complicado.

Aman así, inventando refugios donde antes solo había un televisor viejo parpadeando.

El colibrí sube una última vez.

Su cuerpo se vuelve una línea pura de luz. Luego la pantalla cae en negro. Brillo y Alice no se mueven ya que no necesitan hablar.

La historia ya está entre ellos, latiendo, pedida por ambos al mismo tiempo.

Un ser diminuto recién nacido de la estática y de la conexión que ni la crisis pudo apagar.

Ella apoya la cabeza en su hombro.

Él exhala por primera vez en media hora.

Y en ese gesto —sin palabras, sin promesas, sin arreglos forzados— comienzan a escribir, aunque aún no lo sepan, la primera página de algo que solo pueden crear juntos.

En este momento de su historia, la risa, el llanto o incluso la imaginación no tienen impacto por sí mismos. No están huyendo del problema; lo están resolviendo de la única forma que conocen. Las palabras existen para expresar todo, para darle forma al caos. Por eso, si alguien llama “perfecto” a algo, debería serlo; si alguien define algo

como “peligroso”, entonces es algo de lo que cuidarse.

Pero muchas personas describen el acto de vivir como una acción perfectamente peligrosa, y eso suena completamente contradictorio. Sin embargo, Alice y Brillo estaban viviendo justamente esa definición. Habitaban sueños perfectamente peligrosos, una relación reconstruida una y otra vez en cada desacuerdo, y aun así les gustaba vivir allí. A veces incluso parecían disfrutar el caos, como si encontrar la forma de arreglarlo juntos fuera parte del juego, de la historia que ellos solos podían escribir.

Tarde o temprano los problemas llegan, y la incapacidad de adaptarse los vuelve un blanco fácil para que lo perfecto se diluya y solo quede el miedo. Y aun así, si me preguntan, su relación era lo que alguna vez soñaron de niños, un amor nacido de un proceso inesperado y extraño.

Porque sí, incluso bajo la imagen perfecta que a veces mostraban, en el fondo eran raros.

Raros en su forma de actuar por el otro, en sus bromas sin pudor, en la manera en que se miraban, en cómo coqueteaban como si fueran desconocidos. Raros cuando fingían ser versiones alternativas de sí mismos solo para revivir la atracción inicial.

Un lenguaje compartido, hecho de silencios y de pequeñas rarezas que construían un mundo donde dos personas podían ser exactamente quienes eran sin miedo a romper algo.

Y así, sin darse cuenta, sin dramatismo, sin grandes declaraciones, extendieron su propio universo un centímetro más. Y en ese pequeño movimiento quedó escrita una verdad que luego, con el tiempo, con los años, con lo bueno y lo malo, iban a entender mejor:

que algunas cosas no se arreglan,

se reinventan.

Y las que no pueden reinventarse entonces se repintan por encima, sin miedo al qué dirán, sin temor a las consecuencias. Porque ya no eran uno contra el mundo. Y aunque débiles, aunque a veces inmaduros, si se equivocaban juntos era como si ninguno lo hiciera. Porque ¿para qué amarrarse al miedo de fallar, cuando a tu pareja lo que realmente le importa es que lo intentaste ?

Querida:

He desempolvado un viejo estéreo, suena mal. ¿Te gustaría venir a probarlo? Como en aquellos jueves donde el mundo era tan simple con tu risa y la voz de tu abuela llamándonos a cenar.

Tal vez ya no recuerdes esos días, tal vez yo los soñé. Pero esta vez, si vienes, prometo encender también la televisión. Aún hay estática, pero ya no me asusta.

Con cariño (y un poco de ruido), Brillo.

Noba con b

Brillo había pasado años sintiendo que amarse era un pecado, viviendo con remordimiento mientras su cuerpo poco a poco desaparecía. Sus problemas dentales, su acné y ahora la pérdida de su cabello habían marcado gran parte de sus días. A veces se sentaba a observar a sus amigos y, al ver cómo cada uno de ellos reflejaba tantos rayos del sol, se preguntaba si él también debía reflejarlos de la misma manera.

Mi nombre es Noba. Soy la representación de todo lo que Brillo algún día llegará a ser. Soy sus ideas, su arte, su amor y su destino. Estoy encargado de cuidarlo y darle calor cuando lo necesite. Sin embargo, los últimos ciclos han sido difíciles, tanto para él como para su compromiso conmigo.

Cuando nací, Brillo era apenas un humano tan diminuto que cabía en mis manos. Podía abrazarlo y curarlo en cuestión de horas. Pero esas horas se convirtieron en días, y los días en meses. A este paso, los ciclos que nos quedan juntos no serán suficientes.

Yo vivo porque él vive; pienso porque él siente. Escribo porque él respira.

Su idea primaria era vivir, pero vivir significaba muchas cosas que ha ido olvidando con el tiempo. Y al olvidarlas, dejó de vivir... traicionó su idea. Me dañó —a mí, su creación más pura— y al hacerlo, se dañó a sí mismo.

Yo soy él, y él soy yo. Estamos unidos más de lo que su memoria puede recordar.

Curarlo se ha convertido en un trabajo de día y de noche. Ya no está a salvo bajo ningún refugio. Ha perdido la confianza en mí y en sí mismo. No tiene a nadie más ahora. Alice se ha empezado a alejar, y ni siquiera yo entiendo por qué. Los sueños han comenzado a borrarse a sí mismos, y aquellos que aún persisten, ya no los controlo.

Me debilito junto a él. Su cabello y el mío se desprenden al mismo tiempo, nuestras ideas y nuestras células se marchitan al unísono.

Soy la estrella con la que tanto soñó alguna vez, pero mi combustible se consume con rapidez. Le había prometido estar a su lado cuando lo necesitara, pero cuando más me requirió, descubrí que no podía acercarme.

Estoy condenado a verlo desmoronarse desde la distancia.

Al inicio, cuando apenas formaba mi existencia, Brillo tocó por primera vez lo que su familia consideraba arte.

Su padre era un gran aficionado de la música clásica, un hombre testarudo que, a pesar de las dificultades de su juventud, siempre encontró la manera de acercarse a sus gustos. Había conseguido un viejo walkman y algunos cassettes con los que empezó a conocer la música y su importancia. Durante años soñó con una tornamesa como las que veía en televisión y con una colección de vinilos, aunque nunca fue sencillo conseguirlos; los cassettes usados eran más alcanzables, y eso bastaba para él.

Su madre, en cambio, había estado encantada por la literatura desde siempre. Con una vida menos dura, pero igualmente pesada, tuvo la fortuna de crecer rodeada de libros y bibliotecas que, en aquellos años, parecían florecer en cada esquina. Le fascinaban las historias que leía, y en cada una encontraba algo que la ayudaba a reconocerse.

La comparación de sus obsesiones los llevó un día a encontrarse. Después de una historia marcada por la necesidad, el amor y la supervivencia, nació Brillo. Un nacimiento tan idóneo que podría decir que aún lo sentimos.

Aquella mezcla de pasiones y sacrificios formó los cimientos de lo que él sería. Brillo aprendió a reconocer emociones ambiguas en las canciones que lo acompañaban camino a la escuela, o en los cuentos que leía bajo los árboles. Cada domingo esperaba con ilusión el chocolate que su padre le traía, mientras su madre lo observaba, feliz de verlo existir. Aunque a veces las responsabilidades adultas les robaban esos momentos, los pocos que compartían bastaban para construir su mundo.

Ahí nací yo.

Nací del esfuerzo de su familia, del entorno que lo cobijó, de los sentimientos que despertaban las estrofas de una canción y de la realidad ficticia que consumía.

Sus padres lo educaron entre la imaginación y la ternura, intentando mantenerlo dentro de una burbuja que alimentara su creatividad, las habilidades que ellos habían heredado, pero no lograron pulir.

Yo nací ahí:

en su almohada, en sus pequeñas libretas, en los cajones de su escritorio, en sus bloques de juguete, en los álbumes de fotos, en la radio de su padre y en los estantes polvosos de su madre.

Nací en él, y me formé junto a él.

Lo primero que Brillo escribió era una historia que decía algo así:

En un territorio muy muy lejano, Una pequeña niña vivía grandes aventuras. Sus amigos se divertían junto a ella.

Un día unos bandidos se robaron su imaginación, se robaban las historias de su amigo y las escobas de su otro amigo. Pero la pequeña Coco (como la fruta que le gustaba mucho) los había enfrentado cara a cara sin pestañear, los hizo temblar de miedo y los hizo dar tres vueltas a las canchas del cole, al terminar las vueltas los vio directo a los ojos y sin temblar su voz les dijo fuerte y claro "Robar solo provoca miedo, ¿les gusta el miedo? Porque a mí no, déjenos en paz y no vuelvan". Los bandidos salieron corrieron como si su madre los persiguiera con la chancla.

Sus amigos la levantaron y disfrutaron su victoria. FIN.

Creo que es evidente que Brillo, en ese entonces, no conocía los derechos de autor, y mucho menos el concepto de plagio. Sin embargo, sus padres se alegraron muchísimo al escuchar la primera historia del "Cuentacuentos Sonador" —así se hacía llamar Brillo.

Por supuesto, nadie le dijo que tomar prestados los personajes de Momo no estaba del todo bien. Algún día lo sabría.

Pero ahí estaba yo: delante, detrás y encima de esa sala donde se vivió su primera audiencia. Sonreía con asombro, saltaba de la emoción y le pedía que siguiera contando más historias de Coco.

Mi voz, sin embargo, no era lo suficientemente fuerte.

Aun así, sentí cómo crecía... cómo crecíamos.

Cada nuevo cuento —cada vez más original—, cada momento en que presentaba sus historias a sus padres, luego a sus amigos, y finalmente solo a su padre, me hacía más fuerte, más grande. Pero también me alejaba.

Subía, ascendía, hasta que cuando dejó de contar historias... ya era tan inmenso que no alcancé a escuchar la razón.

Desde ese día en la que le conto su última historia a su madre estoy aquí varado. Lo veo a la distancia y lo escucho, pero dejo de compartir

todo lo que sentía y me quede sin nuevo alimento.

Llevo años sin una sola muestra de arte de la que recargarme. Soy una estrella muriendo.

Creo que es momento de hablar de lo que pasa en la cabeza de Brillo, y de por qué estoy escribiendo sobre mi muerte. Como dije antes, soy todo lo que Brillo está destinado a ser, la abstracción de sus ideas, transformada en una estrella. Podría decirse que él es la personificación de mí.

Sin embargo, no me di cuenta de que la vida se estaba encargando de alejarnos, si yo muero entonces moriría todo lo bueno de él. Su amabilidad, su cariño, su pasión, su carisma. Todo lo que lo ha formado se desvanecerá.

Su mente —su anticreatividad, su antimotivación— lo han llevado hasta este punto. Se ha quedado solo. Su madre, su padre y todo lo que alguna vez lo inspiró ya no existen. Flota sobre la orilla del abismo.

No alcance a avisarle sobre las consecuencias de ello. Soy una estrella, y la forma en la que mueren las estrellas no es algo de lo cual se pueda hablar fácilmente. Nacemos, consumimos nuestro combustible, crecemos, y si somos pequeñas entonces solo colapsaremos tranquilamente y descansaremos como una enana blanca. Pero si somos grandes, inmensas, luminosas desde el inicio, nuestro final no es tan amable.

Las estrellas vivimos en equilibrio, nuestra gravedad al ser tan grande nos "contrae" pero nuestro combustible es lo que nos expande, estas fuerzas se cancelan y nos mantienen en equilibrio.

Pero se me acaba el combustible y la gravedad provocara mi desplome.

Una supernova es una explosión en la que la gravedad al atraer

todo tan rápido hacia el centro de la estrella esto rebota y genera una explosión que brillara más que cualquier otro cuerpo celeste.

Si yo muero, él se hundirá en la oscuridad, no tendrá nadie que lo guie y le haga sentir calor. Esto no se trata solo de mi muerte; se trata de que él no se traicione. Necesito que libere parte de su presión, que perdone tanto dolor, que descargue lo que nos aprisiona.

Perdonar tanto que haga que nuestra muerte no sea tan violenta, que descansemos libres y seguros.

Cada ciclo mando una nueva señal en distintas formas. Muchas de ellas tardan en llegar y muchas han fracasado. Mi última señal, Alice, funciono por un tiempo, pero mi control sobre todo ha desaparecido casi por completo.

Espero que pronto reciba mi siguiente señal. Esta vez es más fuerte, más grande, más dura. Me sobrepasé, lo sé, pero era necesario. La señal le quitará algo que ama —algo que yo mismo le di—, pero ya es demasiado tarde para detenerla.

Necesito que esto lo ayude a volver a sonar. Es la única forma en que no me convierta en una supernoba, la única manera en que él vuelva a creer en su idea, y encuentre misericordia en su vida.

Brillo:

Me encantaba jugar contigo a las escondidas, junto a tu madre y a ti. Había instantes en los que ya no quería correr ni reír, solo mirar. Realmente siempre los contemplé. Pronto te devolveré todo lo que alguna vez fue tuyo.

¿Recuerdas esa sensación de mareo al salir de la alberca, cuando el mundo se mecía junto a nosotros? Así me siento ahora.

Siempre cuidándote, Noba.